EL QUE LA SIGUE...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JACOBO SALES Y REIG.

Representado con extraordinario éxito en Madrid, en el Teatro de ESLAVA el 9 de Diciembre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
ESTEFANÍA	SRA. GARCÍA.
DOÑA EDUVIGIS	SRA. ARTIGUEZ.
NARCISA	SRA. PARDO.
SANTIAGO	SR. MARISCAL.
VALERIO	SR. ARANA.

La accion en Madrid.

Á LA SEÑORITA

DOÑA MANOLITA SALES Y REIG,

Aun cuando reza el refran que *El que la sigue la mata*, tú sabes perfectamente, que ante la virtud y la voluntad no hay proverbios ni demostraciones que destruyan en lo más mínimo el inquebrantable propósito de una mujer, mayormente cuando tiene un alma tan bella como la tuya.

La ofrenda que te hago tiene muy poco valor, pero si con su corto mérito quieres hacer una cantidad inconmensurable, añádele el inmenso cariño que te profesa tu hermano

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Comedor en una casa de huéspedes.—Cuatro puertas laterales.—Las de la derecha (1) conducen á las habitaciones que han de ocupar Estefanía y Santiago respectivamente. —La primera de la izquierda pertenece al cuarto de Valerio, y la segunda conduce á la escalera.—En el fondo, á la izquierda, un aparador con platos, etc.; y á la derecha, una puerta que conduce á las demas dependencias de la casa.—En el centro del teatro, una mesa de comedor. —Á un lado del aparador un reloj de pared.

Al levantarse el telon aparece Doña Eduvigis á la puerta del cuarto de Valerio, y éste entra y sale á medida que lo marca el diálogo, suponiendo que está acabándose de vestir.

ESCENA PRIMERA.

EDUVIGIS y VALERIO.

EDUV. Don Valerio, usted abusa
de mi tierna sencillez.
VAL. Usted tierna? Segun eso
fué tierno Matusalem. (Entra en el cuarto.)

(1) Por derecha é izquierda entiéndase la del público.

EDUV. Pues acaso yo soy vieja?
Sólo tengo treinta y seis!
Enviudé de veintiocho...
VAL. (Saliendo.) No ofenda usted la viudez!
(Vuelve á entrar en su cuarto.)
EDUV. Acabe con mil demonios
de hacerse la *toillete*,
porque deseo arreglarle...
VAL. (Saliendo.) Mil gracias; lo estoy muy bien.
EDUV. Las cuentas...
VAL. Todas las tengo
al corriente.
EDUV. Claro es.
Como no paga ninguna!
VAL. Pero no negará usted
que están todas anotadas
con el *Debe* y el *Haber.*
EDUV. Qué importa que las escriba,
no pagando?
VAL. Verdad es.
Mas por la vida ó la muerte
es siempre bueno tener...
EDUV. Pero usted no tiene nunca.
VAL. Qué positiva es usted!
EDUV. Justo: á mí lo que me pierde
es mi incauta candidez,
y bien pronto se conoce
que mi educacion no fué
para bregar con los huéspedes
y andar en esta babel.
Ay! Si alzára la cabeza...
VAL. Quién? El papá brigadier?
EDUV. Ó mi tio el consejero...
VAL. Ó el marido coronel...
EDUV. Ó mi tia la azafata...
VAL. Ó la suegra...
EDUV. San Andrés!
Usted se burla de mí?
VAL. No es que me burlo, pardiez;
sino que al dia lo oigo
ochenta veces ó cien:
lo he aprendido de memoria

y lo digo por usted.

EDUV. Y Narcisa?

VAL. La criada?
Hace un rato la mandé.
Y por cierto que me extraña
la tardanza...

EDUV. Claro es.
Y tengo yo la criada
para llevar y traer
cartas á la novia?

VAL. Cierto.
Yo no sé qué otro papel
puede hacer una criada
más que cuando es menester
servir á los que la mandan.

EDUV. Busque un mozo de cordel
y dele usté una peseta.

VAL. Pues me parece muy bien.
Démela usted, y al momento...

EDUV. Para no volverla á ver!
Eso faltaba!

VAL. ¡Patrona!
¡Patrona de Lucifer!

EDUV. Patrona! No me acostumbro
á lenguaje tan soez.
Qué palabrotas! Tan sólo
hablan así en un cuartel!

VAL. Mucho los ha visitado
cuando los conoce bien.

EDUV. Usted pretende insultarme
porque me ve en la viudez
sin apoyo! Ay, si viviera
mi pariente el coronel,
ó mi padre, ó mi madrasta...

VAL. Señora, por San Ginés!
Es que el árbol genealógico
repasamos otra vez?

EDUV. Ya no más contemplaciones.
Lo dicho, ya me cansé.
Págueme usted los seis meses
que me debe...

VAL. No son seis.

EDUV. Ó cinco y medio, es igual.
VAL. Qué ha de ser igual? Pardiez!
EDUV. Pues bien: los paga y andando
en seguida.
VAL. Está muy bien.
EDUV. Son noventa y nueve duros,
y eso contándole á tres
pesetas...
VAL. Deme usté un duro.
EDUV. Un duro!
VAL. Sí.
EDUV. Para qué?
VAL. Para hacer cuenta redonda,
y así le debo á usted cien.
EDUV. Me va á pagar ahora mismo.
VAL. Algo difícil va á ser.
Sabe usted Gobernacion?
EDUV. Sí señor.
VAL. Pues vaya usted
al ministro, y que le pague.
EDUV. Pero él qué tiene que ver?...
VAL. Ni yo tampoco, es muy cierto;
pero al darme el cese él,
que sufra las consecuencias
de mi horrible desnudez.
EDUV. Debiera exigirle un duro.
VAL. Pues por mí exija usted diez;
yo no los he de pagar!
EDUV. Pues yo no he de mantener
ganapanes.
VAL. No señora.
Pierde panes dirá usted!
EDUV. Con sus dramas y comedias,
y periódicos...
VAL. Y qué!
EDUV. Qué malos serán, que nadie
le compra ningun papel,
ni hay empresa que los quiera
representar!
VAL. Verdad es.
Hágase usted empresaria;
eso le conviene á usted.

EDUV. De hoy más no le tengo en casa
como no pague.
VAL. Está bien. (Váse Eduvigis.)

ESCENA II.

VALERIO.

Gracias á Dios que se va!
Pues hoy ha sido concisa!
Mas mucho tarda Narcisa.
Qué será? Qué no será?
Se habrá picado mi Gloria
porque la he llamado estulta?
Esta frase no es inculta,
y no hay más, no hago memoria...
Habrá estado la criada
hablando con su tambor?
ó es que el papá de mi amor
habrá hecho una salvajada.
Es ya tardar. ¡Voto á brios!
Me habrá olvidado? Me pone...
(Aparece Narcisa en el foro.)
Aquí está. Que me perdone
el mal pensamiento Dios.

ESCENA III.

VALERIO y NARCISA.

NARC. Señorito!
VAL. Oh, Gloria excelsa!
Ven, mensajera feliz;
has tardado media hora
más de lo que presumí.
NARC. Si viera usted qué trabajos
ha costado el escribir
á la señorita Gloria...
porque el papá...
VAL. Puerco espin!
NARC. Aquí está la carta.
VAL. Trae

las noticias de la hurí.

NARC. Cuando llegué, su papá...

VAL. No nombres al malandrin.

NARC. Yo le dije á la portera
que avisára, y en un trís
subió, le entregó el billete;
mas llegóse á percibir
su padre y allí fué Troya.

VAL. Mi suegro es todo un rocin!

NARC. «Qué te ha dado la portera?»
preguntó con mal caríz.
«Nada, papá; es una cuenta
del carbonero.»

VAL. Sutil
ingenio! Oh, fecundidad
de inteligencia!

NARC. Hasta allí
todo iba bien; pero el caso
era al contestarle...

VAL. Sí.

NARC. La señorita al instante
en un momento feliz
se metió...

VAL. Sí, donde todas
se meten para escribir.

NARC. Pero, ay Dios! Cuando una está
de malas...

VAL. Síno infeliz!

NARC. Todo le sale al contrario
de como debe salir.
Á escribir á la cocina
marchóse y...

VAL. ¡Oh bella hurí!

NARC. Y al ir á poner el sobre,
el papá...

VAL. San Dionis!

NARC. Y ántes que la sorprendiera,
en un puchero...

VAL. Ay de mí!
El amor con las patatas,
las berzas y el peregil.

NARC. Así la traigo, y me dijo

que no volviera á escribir.
Yo, señorito, no vuelvo
con más cartas, porque si
me llega á ver su papá...

VAL. Qué va á hacer?

NARC. Me va á partir!
Él es muy bruto.

VAL. Lo sé
por experiencia.

NARC. Y á mí
me da miedo.

VAL. Premiaré
tu servicio femenil
cuando el ministro utilice
mi talento.

NARC. Me lucí.
Si tan largo me lo fías...

VAL. Su caida está en un trís;
y cuando vengan los mios ..

NARC. Buen consuelo para mí.
Me voy, porque la señora
va armar la de San Quintin. (Váse.)

ESCENA IV.

VALERIO.

(Contemplando la carta.)
Ven á mitigar mi afan!
Ven á calmar mi dolor!
Tú, mensajera de amor...
y cómo huele á azafran!
Pronto mi dicha se acorta
sin saber el resultado:
esta no es cuestion de estado,
y la forma poco importa.
(Abre la carta y lee.)
«Valerio del alma mia,
»dices que tu dicha labra
»mi...» Sobre la otra palabra
se ha pegado una judía.

ESCENA V.

VALERIO y ESTEFANÍA.

Valerio se sienta al lado de la mesa y continúa leyendo sin hacer caso alguno de quien acaba de entrar.

ESTEF. Esta es la casa á mi ver;
no tengo la menor duda.
(Reparando en Valerio, que levanta la cabeza, mira á Estefanía y continúa leyendo.)
(Ap.) (Un jóven! Ni aun me saluda!)
Qué grosero debe ser!
Preguntaré. Caballero!...

VAL. (Bruscamente.)
Eh? (Por la carta.)

ESTEF. ¿Cómo? Me deja estática!

VAL. Ay Dios mio! Qué gramática!
Me dice: «Mucho te *guero.*»
(Valerio da un salto y queda frente á Estefanía con la carta en la mano.)

ESTEF. Qué es eso? (Retrocediendo asustada.)

VAL. Señora mia...

ESTEF. Por qué le da ese arrebato?

VAL. Un horrible asesinato!

ESTEF. Á quién?

VAL. Á la ortografía.
Á Gloria es justo que tache
de ignorante, y que la dome,
hoy las comas se las come,
y me pone *astas* sin ache.
Es la mujer que idolatro.
Mas si fuí grosero, ahora...
(Haciéndola cumplidos.)

ESTEF. Habita aquí una señora?

VAL. (Mirando el reloj y marchándose precipitadamente.)
Que me espera y son las cuatro!

ESCENA VI.

ESTEFANÍA y á poco EDUVIGIS.

ESTEF. Qué exabrupto! Este hombre es loco!
qué acometida tan brusca.
Qué palabras! Qué maneras!
Y qué forma tan estúpida!
Pero no hay en esta casa
á quien haga una pregunta?
Aquí viene una señora.
Debe ser ésta sin duda.
Doña Eduvigis Aranda?
EDUV. La misma en genio y figura.
Quién es usted?
ESTEF. (Vaya un modo!)
Don Marcelino Columba
me recomienda esta casa
como tranquila y segura.
Deseo una habitacion.
EDUV. Siéntese usted: más de una
tengo para su servicio,
porque está Madrid... yo nunca
le he visto peor que ahora;
nadie habitaciones busca
ni hay quien viaje; y es claro!
quién se mete en la balumba?
Y usted viene por el Norte?
ESTEF. No señora.
EDUV. Qué fortuna!
ESTEF. Vengo de Alhama.
EDUV. Ya entiendo:
de los baños.
ESTEF. Sí.
EDUV. Me asusta
hablar sólo de viajes.
No por cierto; me da angustia.
ESTEF. Sí.
EDUV. Siempre con el peligro
de que la coja algun cura
y se la lleve en rehenes:

esta idea me apabulla!
Y usté ha tenido valor
á pesar de estas torturas?...

ESTEF. Qué quiere usted? Fué preciso
tomar los baños... y en suma...
qué habitacion me destina?

EDUV. Como habrá visto, sin duda,
no fué de casa de huéspedes
mi condicion ni mi alcurnia.

ESTEF. (Qué pesada!)

EDUV. Yo he nacido
en resplandeciente cuna.
Mi papá era brigadier,
y mamá de los Acuñas,
que delante de los reyes
iban cubiertos...

ESTEF. Bien.

EDUV. Una
se crió en buenos pañales,
y aunque Valerio se burla...

ESTEF. Quién es Valerio?

EDUV. Un poeta
que dice cada tontuna...
un huésped que tengo en casa
que no me paga y me apura...
Mas no puedo despedirlo,
si no, me quedo á la luna
de Valencia. Está en amores
con una pobre criatura,
y siempre anda con cartitas,
y respuestas y preguntas.

ESTEF. Entónces será el que estaba
hace un momento.

EDUV. Sin duda.

ESTEF. En verdad algo grosero...

EDUV. Sí; pertenece á la chusma;
su lengua es un aguijon,
y á mí eso no me gusta.
Aquí tuve un matrimonio,
que ella era de Miguelturra
y él de Cabeza de Buey.
Qué lenguas! Dios las confunda!

Dos puñales de Albacete
sin parar de cortar nunca.
Luégo vino un coronel
de costumbres algo absurdas,
que tuvo no sé qué enredos
con una jóven viuda
que tambien estuvo en casa ..

ESTEF. (Ay Dios! No acabará nunca!)

EDUV. Y tampoco me agradaron,
porque la gente murmura,
y como mi educacion
no es la de la *turba multa*,
eso de murmuraciones
no se roza con mi altura.

ESTEF. Ya lo veo. Y diga usted,
cuál es mi cuarto?

EDUV. Mi alcurnia...

ESTEF. Bueno: dejémosla estar.
Mi cuarto?

EDUV. (Vaya! Me gusta!
Esta mujer es del vulgo,
en su aquel ya se vislumbra.)
Este primero es muy claro.
(Y tú debes estar turbia.)

ESTEF. Pues mire usted, hay un jóven...
(Aparece en la puerta del foro Santiago, llevando en la mano una maleta y una manta de viaje.)
Ya está en casa.
(Váse precipitadamente al cuarto que la destinó Eduvigis.)

EDUV. Santa Úrsula!
Qué le ha dado á esta señora?
Ni que estuviera convulsa!

ESCENA VII.

EDUVIGIS y SANTIAGO.

Entra Santiago precipitadamente y arroja á los piés de Eduvigis la manta, maleta y objetos de viaje.

SANT. (Bruscamente.)
Muy buenas tardes, patrona.

Tiene usté cuarto?

EDUV. (Ofendida.) Yo soy...

SANT. Vamos, comprendiendo voy
que usted será la fregona.

EDUV. (Indignada.) Yo fregona? Mi cariz
es bastante más perfecto.

SANT. Pues vaya: por el aspecto
parece usted fregatriz.

EDUV. Cómo fregatriz? Qué horror!
Era brigadier papá.

SANT. Pues cualquiera creerá
que usté es hija de un tambor.

EDUV. ¿Tambor? si no se reporta...
La indignacion me arrebata!
Era mi tia azafata!

SANT. (Gritando.)
Bueno; y á mí qué me importa!

EDUV. Mi marido coronel
y mis apellidos dobles,
son todos de razas nobles.

SANT. Señora, por San Daniel!

EDUV. Usted criado entre céspedes
no comprende... mi papá
fué grande de España.

SANT. Ya!
y usted patrona de huéspedes.

EDUV. No me quiero incomodar.
Y cuál es su pretension?

SANT. Yo quiero una habitacion;
conque ya no hay más que hablar.
Este es todo mi deseo;
¿dónde he de meterme yo?

EDUV. Pero...

SANT. Si dice que no
la pego á usted un boleo.

EDUV. Ay! Este hombre es atroz!
Pero acaso...

SANT. Que no hay cuarto?
De su charlar estoy harto,
y le suelto...

EDUV. (Alguna coz.)

SANT. Yo voy tras una mujer

hace tres años, señora,
y seis meses hará ahora
de ella estuve sin saber.
En un coche se metió
y perdí su derrotero.
¡Maldito sea el cochero
y el que coches inventó!
Calcule usté mi quebranto
despues que no la encontré.
Vamos, calcúlelo usté. (Gritando.)
Fueron seis meses de llanto.
Yo he corrido el Mont-Cenís
y la Italia y la Suecia.
He estado en Turquía y Grecia,
en Marruecos y en París.
Crucé dos veces la Arabia
y pasé á Jerusalen;
estuve un tiempo en Belen
y tambien he estado en babia.
Y sin poderla encontrar;
pero prefiero morir
á tener que desistir.
Bueno soy para cejar!
En ello está el interés
de mi patria.

EDUV. Vírgen Pía!

SANT. Y he de salir con la mia,
porque soy aragonés.
Claro; no debo dejar
que se me escape esa moza.
Qué diría Zaragoza
y la Vírgen del Pilar?
No sufrimos tal revés
de una niña que se emperra.
No pudo con nuestra tierra
el ejército francés!

EDUV. Vamos, pues ya adiviné
por qué á la jóven le ha dado...

SANT. Sepamos; y bien mirado,
de esto qué le importa á usté?

EDUV. Es usted poco galante.

SANT. No me venga con tal nombre!

porque si fuera usté un hombre. .

EDUV. (Vamos, es un elefante!)

SANT. Esa mujer está aquí
y ya de hablar estoy harto.
Hay cerca de ella algun cuarto?

EDUV. Á su mismo lado.

SANT. Sí?

EDUV. Una puerta...

SANT. Está usté cierta?
Oh, mujer tan adorada!

EDUV. Pero si está condenada!

SANT. Quién? La mujer?

EDUV. No; la puerta.

SANT. Usted se quiere burlar?
Pues si pretende quimera...

EDUV. (Este hombre es una pantera!)

SANT. Bueno soy para aguantar!
El precio á gusto de usté.
No hemos de reñir por eso.
Yo soy rico, lo confieso.

EDUV. Entónces yo le pondré...

SANT. (Cogiendo del brazo á Eduvigis.)
Mas si se llegára á ir
sin hacérmelo saber,
esta habitacion va á arder
y ustedes van á morir.

EDUV. Si ella su plan desbarata
y no quiere...

SANT. No me allano:
dice un refran castellano:
«El que la sigue la mata.»

EDUV. Mas si no quiere, no es
fácil...

SANT. Pues yo haré que acabe.

EDUV. Imposible!

SANT. Usted qne sabe
lo que es un aragonés!

EDUV. Pueden mucho unas enaguas.

SANT. (En el colmo de la rabia)
Deje en paz á este cristiano!

EDUV. (Marchándose.)
Dios mio! El zaragozano

es un toro de Veraguas.

ESCENA VIII.

SANTIAGO y á poco VALERIO.

SANT. Esta patrona me apesta
con su charlar sempiterno.
Pero aquí está Estefanía
y ya me encuentro en mi centro.
Yo he de vencer su dureza
mal que le pese al infierno,
que un aragonés no debe
ceder jamás de su empeño.
(Aparece por el foro Valerio llevando en una mano un paquete de cartas; en la otra dos trenzas postizas y una jaula que contiene un canario, y debajo dol brazo un perro de lanas.)
Quién será este badulaque
que lleva tanto embeleco?
VAL. Debo estar encantador.
Quién será este caballero? (Por Santiago.)
Servidor. Muy buenos dias.
SANT. Téngalos usted muy buenos.
VAL. Buenos? Muy malos me esperan;
mi porvenir es muy negro.
Ay! Soy el más desgraciado
que hay en los dos hemisferios.
Ya no me queda en el mundo
más que el canario y el perro,
y si usted los quiere...
SANT. Gracias!
la dádiva le agradezco.
Sólo de la creacion
dos animales venero
con entusiasmo, con ánsia.
VAL. Cuáles?
SANT. La mujer y el cerdo,
que no tienen desperdicio.
VAL. (Qué bruto es este sujeto!)
Míreme usted y comprenda.
SANT. Ni una palabra comprendo.

VAL. Pues oiga usted mis desdichas.
¡Préstame, gran Dios, aliento!
Yo adoraba á una mujer
con entusiasmo frenético,
tanto que por un antojo
tuve que darle este perro;
por otro le dí el canario,
despues dos trenzas de pelo
y otras cuantas frioleras
que ella y yo sólo sabemos.
Mas ah! desengaño horrible!
Desesperante suceso!
Hoy como todos los dias,
acudo bajo los hierros
de su balcon, y por más
que la busco no la encuentro.
Sale por fin la portera
y con burlas y dicterios
sobre mis robustos hombros
me coloca estos trebejos
diciéndome que la niña
me manda al punto á paseo.
Yo reniego, doy un grito
y en el preciso momento,
en la parte posterior
de mi bellísimo cuerpo,
siento un fuerte puntapié;
era el papá. Dios eterno!
Grito, me vuelvo, le miro
y hasta aquí salgo corriendo.

SANT. Hombre, ni Roger de Flor
es más bravo...

VAL. Yo comprendo
más valor que andar á golpes
el valor del sufrimiento.
Yo sin novia, sin amor...
Vaya, no estoy en mi centro.
Por fortuna una señora
ha llegado á este aposento
y ella podrá consolarme
del tristísimo suceso.

SANT. Qué dice usted?...

VAL. Que me gusta
la...

SANT. Santiago y á ellos!
(Con mucha formalidad cómica, cogiendo á Valerio y llevándole á un lado de la escena.)
Si usted se quiere encontrar
otra edicion del... (Accion de dar un puntapié.)

VAL. Comprendo.

SANT. Puede decirle tan sólo
el más nimio chicoleo.

VAL. Es usté acaso papá?...

SANT. Yo soy... (Indignado.)

VAL. (Un toro berrendo!) (Váse.)

ESCENA IX.

SANTIAGO, y á poco ESTEFANÍA.

SANT. Vamos, hay para estallar!
Que se quiere consolar
con la mujer que es mi cielo?
Si él encuentra ese consuelo,
cómo me voy á quedar?
Y esta mujer inclemente,
de mi pasion consecuente
no ha de tener compasion?

ESTEF. (Saliendo.) (Hay que abordar la cuestion;
nada; al vado ó á la puente.)
Caballero!

SANT. Señorita!

ESTEF. Su tenacidad maldita
ya sin querer me arrebata.

SANT. Que sea usted tan ingrata
siendo así que es tan bonita?
Tengo en mi constancia fe;
la adoro y la adoraré
como nadie adorará.

ESTEF. Usted mucho me querrá,
mas el tiempo pierde usted.
Ya tanta tenacidad
no indica sagacidad.

SANT. Si me hiciera la merced

de escucharme...

ESTEF. Ay! Es usted
muy pesado, la verdad.
Que no hay nadie que resista
que álguien le siga la pista
sin que jamás diga basta.
Son acaso de su casta
los centinelas de vista?
Viendo que tanto se emperra,
y en perseguirme se encierra,
ante la gente sensata,
parezco un buque pirata
y usted un buque de guerra.
Deje su pasion insana,
porque su constancia es vana.

SANT. Yo al cabo conseguiré...

ESTEF. Me quiere dejar usté? ..

SANT. Señora, me llamo andana.

ESTEF. Luégo insiste?

SANT. Claro es.
Cifro todo mi interés
en el empeño que tomo.

ESTEF. Dios mio! Es usted un plomo!

SANT. Claro; soy aragonés.

ESTEF. Es ya tal mi posicion
y tanta su obstinacion,
que al mirar lo que me apura,
me olvido de mi cordura
y reniego de Aragon.

SANT. Señora, yo he de alcanzar
su cariño á no dudar,
y á todo estoy decidido.

ESTEF. Déjeme usted; se lo pido
por la Vírgen del Pilar.

SANT. Imposible!

ESTEF. Me arrebata
con su constancia insensata;
mas por qué tal insistencia?

SANT. Por qué? Por esta sentencia.
«El que la sigue, la mata.»

ESTEF. Está usted en un error.
Es refran engañador,

que no es tan fácil vencer...
SANT. La voy á usté á convencer;
escúcheme por favor.
Cuando por algun desliz
de bueno ó de mal cariz,
el cazador en la sierra
tira á una perdiz y yerra,
no se va sin la perdiz.
Cruza por varios senderos
entre zarzas y romeros,
llevando el pachon por guía,
y anda á veces todo un dia
sin hacer tiros certeros..
Sigue á la perdiz el can
con insistencia y afan.
Mas la cansa tanto vuelo,
y hasta ya encuentra consuelo
en el plomo del galan.
El cazador la arrebata
la vida á aquella insensata,
aguantando el contratiempo,
porque sabe por el tiempo
«que el que la sigue la mata.»
El hombre de humilde cuna
que vive siempre de tuna,
si con empeño y verdad
busca la felicidad,
él dará con la fortuna;
sufriendo penalidades,
disgustos, contrariedades
y trabajos mil sin cuento,
él encontrará un momento
fin á sus calamidades.
Golpes sufrirá en verdad
que le causen ansiedad,
pero adelante, por Cristo!
que en el mundo siempre he visto
vencer la tenacidad.
Al fin la fortuna ingrata,
á nuestro mal insensata,
se cansa de su querella,
porque sabe muy bien ella

que «el que la sigue la mata.»
Yo que deseo la cruz
porque usté sola es mi luz,
que me encanta su arrebol,
porque no veo otro sol
de mi noche en el capuz.
Al mirar en torno mio,
usté es la perdiz que ansío,
la fortuna que ambiciono;
y no hay duda, yo lo abono,
he de vencer su desvío.
Y aun sufriendo algun revés
no cedo de mi interés,
y aun cuando mi amor la exalta,
la constancia no me falta,
porque soy aragonés.
Y ó tengo una catarata
ó usted no piensa sensata;
porque tranquilo al juzgar
usted me tiene que amar,
que «el que la sigue, la mata.»

ESTEF. No se vaya usté á engreir
del modo de discutir,
porque sus razones hartas
son un castillo de cartas
que yo voy á destruir.
En el monte el cazador
que persigue con ardor
á una perdlz que se escapa,
al principio no la atrapa,
no la atrapa, no señor.
Que aunque desee su antojo
llevaria hácia algun rastrojo
donde vea el animal,
se le mete en un zorzal
y se le escapa del ojo.
Tambien á la descubierta
puede haber quien esté alerta;
y aquel mate la perdiz,
dejando al otro infeliz
con tamaña boca abierta.
Entónces quien la persigue

por su camino prosigue
diciendo: «Me equivoqué.»
De modo que ya ve usté:
no la mata quíen la sigue.
Tambien su razon es vana,
y yo no la encuentro sana
al hablar de la fortuna,
que todos saben que es una
coquetuela casquivana.
Tantos hay que decididos
buscan por todos partidos
el ser por ella obsequiados,
mas... muchos son los llamados
y pocos los elegidos.
En quien persigue su huella
es inútil la querella,
pues dice el vulgo que charla:
«La suerte no hay que buscarla,
hay que tropezar con ella.»
Las esperanzas no abrigue
de hallarla quien la persigue;
esto bien claro se ve,
de modo que ya ve usté,
no la mata quien la sigue.
Usted, á quien yo derrito
de ese amor que es su prurito,
quererle me es imposible;
para usted es muy sensible
y yo lo siento infinito.
No lo puedo remediar;
yo á usté no le puedo amar,
y aunque venga de mí en pos,
de fijo que de los dos
usté es quien se va á cansar.
Siento el golpe lastimero
que le dirijo certero
viéndome tan asediada:
no ha de sacar usted nada
ni por todo el mundo entero.
Y por más que me persiga,
permítame que lo diga..
y que lo diga á mi modo:

usté, aragonés y todo,
no me mata aunque me siga.

SANT. Aunque usted me ha conmovido,
no me doy por convencido;
y un pensamiento me aterra.
Qué dirían de mi tierra,
si uno se diera á partido!

ESTEF. Ya se acabó mi paciencia
y no imploro su clemencia;
que yo buscaré un ardid
para dejarlo en Madrid
á la luna de Valencia.

SANT. No ha de cumplir ese antojo,
pues con audacia y arrojo
me pego á usted como lapa,
y por Cristo no se escapa
porque estoy con mucho ojo. (*Váse.*)

ESCENA X.

ESTEFANÍA y á poco VALERIO.

ESTEF. Cuando un hombre se obstina
y ama á tal costa,
yo comprendo á Lucrecia
y á la langosta.
Y es muy sencillo,
por qué Herodes los hombres
pasó á cuchillo.
Por eso nos calumnian
y les extraña
que la mujer les trate
con dura saña;
y esto es, señores,
que al fin lo pagan justos
por pecadores.
Ay, qué moscon, Dios mio,
tan pegajoso!
Qué modo tan pesado
de hacer el oso!
Cuando contemplo
que hay muchos por el mundo

como este ejemplo,
compadezco á los seres
que faldas visten:
cuántas que ahora me escuchan
quizás resisten
á un monzalvete
que no interrumpa un punto
su sonsonete.

(Aparece Valerio y se coloca frente á Estefanía con arrogancia cómica.)

VAL. (La muchacha es muy bella,
mi llanto es hondo;
á un lado, pues, repulgos,
me voy á fondo.
Por qué me apuro?
Pecho al agua! Aqui marcho
sobre seguro.)

ESTEF. (Qué actitud más grotesca!
Qué desenfado!) (Se echa á reir.)

VAL. (Me mira y se sonrie,
ya la he flechado.
Mia es la palma!
La hablaré con arrojo
poco y al alma.)
Niña de cara hermosa,
dulce embeleso;
en la red de tus ojos
me tienes preso.
Te amo, bien mio,
como al agua las flores
en el estío.
Busco tu amor ansioso
de igual manera
que un leon perseguido
su madriguera.
Como esos seres
que se llaman caseros
los alquileres;
cual buscan los cesantes
el calendario,
y como los poetas
al empresario.

En fin... te quiero...
como quieren los hombres
de mi salero.

ESTEF. Le he escuchado con calma,
mas le prevengo,
que á tan franco lenguaje
nunca me avengo.

VAL. Yo no me atranco;
el amor, si es sincero,
debe ser franco.
Yo á una niña adoraba
con alma y vida,
y hasta hoy á mis halagos
la hallé rendida.
Oh, desengaño!
Bien dicen que la dicha
no dura un año.
Há un momento que estuve
cabe su reja,
á cantar mis amores,
mi amante queja.
Suerte tirana!
Me ha tirado los trastos
por la ventana.
Su padre con cautela
fiero y astuto,
ha querido probarme
que era muy bruto;
y allí al acecho
ha marcado en mi traje
su pie derecho.

ESTEF. Es la historia del lance
clara y sucinta;
pero no me complace
la trocatinta.
Llame á otra puerta.

VAL. Busco ansioso la tuya,
que estará abierta.
No tengas dura el alma
como la roca,
y pronuncie un *sí* amante
tu dulce boca.

ESTEF. Bah! Le desprecio!
(Este á lo que parece
solo es un necio.)

VAL. No me des así en crudo
tan fiero trago.

(Aparece Santiago á la puerta de su cuarto, de modo que pueda ser visto por Estefanía y no por Valerio.)

ESTEF. (Qué miro? Nos escucha?
Sí, Santiago!
Busco un efecto.
Voy á ver si desiste
de su proyecto.)

VAL. Es que no me respondes?
Quieres que muera?

ESTEF. Puede no llegar tarde (Con coquetería.)
quien bien espera.

VAL. Eres mi encanto!

ESTEF. No vaya tan de prisa,
no he dicho tanto.

(Váse Estefanía.—Valerio queda en la misma actitud en que se encontraba, y Santiago va acercándose sin ser visto de aquel, hasta que con gran aplomo le da un puntapié, quedando con gravedad cómica.)

ESCENA XI.

VALERIO y SANTIAGO.

VAL. Y van dos; no es mala plaga.
Es mucho para un cristiano.

SANT. Dice un refran castellano
que todo el que debe, paga.

VAL. No es verdad.

SANT. Esa es la mira
que lleva toda persona.

VAL. Diga usté eso á la patrona
y le dirá que es mentira.
Qué puntapié!... y el aplomo
que tiene cuando descarga!

SANT. Esta es una obra muy larga.

Ya tiene usté el primer tomo.
Si siguen las discusiones
y con esta no le sobra,
publicaré de la obra
unas cuantas ediciones.
Y tenga usted muy en cuenta
que la segunda edicion...
(Haciendo ademan de pegar.)

VAL. Sí: ya he tenido ocasion
de sentir el pié de imprenta.
Yo no soy de armas tomar
porque no las sé esgrimir.
Yo soy para discutir.

SANT. Pues yo soy para pegar.
Sólo así se saca fruto;
y ó desiste, ó por mi nombre...

VAL. Esa razon no es del hombre,
esa razon es del bruto.

SANT. Pues en esta sociedad
esa ley está vigente.

VAL. Porque impera solamente
por ley la brutalidad.

SANT. Acabe de predicar,
que no me interesa el punto.
Vayamos á nuestro asunto.

VAL. Como usted guste mandar.

SANT. No tolera mi pujanza
que causando mi desdoro
cometa con la que adoro
un abuso de confianza.

VAL. El que ha abusado es usté,
pues con insolencia y maña
ha cometido la hazaña
de pegarme un puntapié.
Los piés sólo están en uso
cuando se mueven andando;
alzarlo así no bailando,
ya no es uso, que es abuso.

SANT. Usted mi felicidad
para robármela insiste,
y en esta cuestion me asiste
derecho de prioridad.

Siendo dos no encuentro medio
y sin ella me derrito,

VAL. Yo tambien la necesito,

SANT. Para qué?

VAL. Para un remedio.
Un dolor extraordinario
que ella sola ha de curar.

SANT. Dolor? Puede usted llamar
á cualquier veterinario.

VAL. Sólo á usted le es oportuno.

SANT. Á mí no hay porqué me vean.

VAL. Sí: porque tambien se emplean
en el ganado vacuno.
Mi corazon está herido
y ella remedia mis daños.

SANT. Hace ya más de tres años
que yo le tengo transido.

VAL. Mis redes están echadas
y yo no cedo ni un punto.

SANT. Amigo mio, este asunto
sólo se arregla á estocadas.
¡Sangre! ¡Lo voy á matar!

EDUV. (Saliendo precipitadamente.)
Sangre? ¿Qué quiere tan fiero?

VAL. Nada, que este caballero
la pide para almorzar.

ESCENA XII.

DICHOS y EDUVIGIS.

EDUV. La quiere frita?

SANT. (Indignado.) Señora!

EDUV. Se la haré á usted con repollo,
porque hace muy buena mezcla.
Es buena de cualquier modo.

SANT. La quiero cruda.

EDUV. Dios mio!
Este hombre es un antropófago!
Le gustan las menudencias
de gallina?

SANT. De demonio!

EDUV. Pero á qué son estos gritos?
á qué viene este alboroto?
VAL. Nada; que esa jóven me ama
porque yo soy mejor mozo.
SANT. Miente usté, ella no le ama.
EDUV. (Si lo dije, es de mal tono!)
Señores, no hay que alterarse
por tan pequeño negocio.
SANT. Cómo?
EDUV. Que elija esa dama
entre los dos acomodos.
VAL. Yo me avengo.
SANT. (Despues de una ligera duda.) Yo tambien;
pero si eligiera al otro...
EDUV. Aquí viene.
SANT. Pues lo dicho,
vaya el uno tras del otro.

ESCENA XIII.

DICHOS y ESTEFANÍA.

ESTEF. Qué gritos!
SANT. Pues fuera prosa:
escuche usted nuestra prez,
y acabemos de una vez
esta cuestion enojosa.
Ya sabe usted que la adoro,
que voy de usted al reclamo,
que por casarme me inflamo,
y que tengo mucho oro.
Tras de tantas desazones
sale ahora este doncel
y hay que transigir con él
para evitar discusiones.
Y por no verme en un potro
y matarle, que es la fija,
acepto que usted elija:
he dicho; conque hable otro.
ESTEF. No es necesario á mi ver;
y si ustedes me permiten,
pues la cuestion me remiten,

pronto voy á resolver.
No hablo respecto al señor, (Por Valerio.)
que en mí busca el panacea.
Otra encontrará que sea
para remedio mejor.

SANT. Bravo! Me gustan sus notas;
si curarse es lo que intenta,
ahí tiene la Revalenta
y el aceite de bellotas.

ESTEF. Respecto á usted, yo le admiro
por su constancia y su fe, (Por Santiago.)
y es muy poco para usté
mi cariñoso suspiro.
Siempre tenaz me persigue
sin que nunca pierda ripio,
por no faltar al principio
que la mata quien la sigue.
Yo le admiro, francamente;
lo repito, porque es justo,
pero para darle gusto
sólo hay un inconveniente.

ESCENA XIV.

DICHOS y NARCISA.

SANT. Cuál es?
ESTEF. No es ningun misterio.
NARC. El correo.
ESTEF. Qué alegría!
NARC. Para doña Estefanía
y otra para don Valerio.
VAL. Para mí?
NARC. Sí, sí señor.
SANT. Aguardemos la sentencia. (Á Eduvigis.)
ESTEF. Esta mia es de Valencia!
VAL. La mia del interior.
(Leyendo.) «He convencido á papá,
»y como siempre, te adoro;
»ven pronto á calmar mi lloro.»
Vaya, estoy curado ya.
Lo ven ustedes? Canastos!

Esta sí que no es ingrata!
Pues aún dice más: «Posdata.
»Ven tú solo sin los trastos.»
Dice bien, los devolvió
y ahora fuera extraordinario...
Y si me caso... ¡Canario!
¿Qué más canario qie yo? (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos VALERIO.

STEF. Pues en mejor ocasion
no pudo llegar ahora.
(Á Eduvigis.) Desde mañana, señora,
prepare otra habitacion.
SANT. (Á Eduvigis.)
Vaya, soy favorecido!
EDUV. (Á Santiago.) Bien puede usted confiar.
ESTEF. Mañana debe llegar...
EDUV. Y quién llega?
ESTEF. Mi marido.
SANT. ¿Usted casada? ¡Ay de mí!
(Con marcada admiracion.)
Cuándo fué tal contratiempo?
ESTEF. Precisamente en el tiempo
que á usted de vista perdí.
SANT. ¡Si se unió en lazo nupcial,
callármelo fué locura!
ESTEF. Como usted no era ni cura
ni era juez municipal!...
EDUV. Cuando el destino se emperra
no hay más que vivir sufriendo.
ESTEF. (Á Sontiago.) Se va usté ya convenciendo
que algunas veces se yerra?
SANT. No: mal que pese al infierno
yo he de vencer, voto á tal!
pues sabe todo mortal
que un marido no es eterno.
ESTEF. Como usted!
SANT. Mas de los dos
he de triunfar esta vez;

yo pondré la pesadez;
lo demás ya lo hará Dios.

ESTEF. Bah! No sea usted chiquillo
y deje su obstinacion.

SANT. Señora, soy de Aragon.
Oiga bien este pasillo.
En el sitio glorioso
de Zaragoza,
en que probó de España
la gente moza,
que no hay potencia
que ataque nuestros fueros
é independencia;
hubo un zaragozano
valiente y noble,
de corazon de fuego,
cuerpo de roble,
y un alma de esas
que más nombre no tienen
que aragonesas;
queriendo á los franceses,
¡santo deseo!
cogerles los cañones
como trofeo,
se puso enfrente
de uno que despedía
metralla hirviente
Se abalanza á la pieza,
dánle sablazos,
suena un ronco bramido,
pierde los brazos.
No retrocede;
queda el valiente manco,
pero no cede.
Vuelve á su empeño firme
con la cabeza;
quiere hácia Zaragoza
llevar la pieza.
Quedóse inerte,
mas sin haber cedido
llegó la muerte.
Yo soy de aquella raza.

No me desdigo,
y lo que me he propuesto
yo lo consigo.
Vuelvo á mi queja:
«Quien la sigue la mata»
diz la conseja.

ESTEF. Mas aquí no hay franceses,
fuego, ni herida.
No hay más que la bigamia
no es permitida;
y estas lecciones
prueban que toda regla
tiene excepciones.
«Quien la sigue la mata»
razon es cierta:
¿cómo matarla quiere
si ya está muerta?
El que la sigue...

SANT. La mata.

ESTEF. Si la coge.

SANT. Si la persigue.

ESTEF. Pruebe usted el aserto
de esa sentencia,
pidiendo á esos señores (Por el público.)
con insistencia... (Accion de aplaudir.)

SANT. Pasé un chubasco:
mas dos veces seguidas
no me dan chasco.

ESTEF. (Al público.)
Yo seré, pues, entónces,
la que les pida,
un aplauso siquiera
por despedida.
Mas tan sonoro,
que el autor llegue á oirlo
detrás del foro.

FIN.